

las florestas inmensas, de las mil cimas de los Andes: el silencio misterioso y formidable de un continente adormecido.

Vino á sacarme de la meditación el capitán, que pasó á mi lado restregándose las manos —cosa inusitada,— como si dentro de su erizada cabeza de oso marino gozase ya por anticipado de la noche tranquila que había de pasar. Tentado estuve por repetirle su estribillo favorito:—*Porquerías á bordo...* Me previno él, sin embargo, preguntándome con cara seria:—¿Qué harán en casa de usted á estas horas?

—Miré el reló y respondí:—A estas horas, mi casa está á oscuras y todos duermen.

Se echó á reír.—¡También usted ha caído! —dijo.—A estas horas está dando el sol en su casa, y los muchachos piden el café con leche.

No había pensado en ello. Pero el bueno del capitán, que estaba verdaderamente contento, me preguntó, además, si antes de embarcarme había rogado al armador que comunicase á mi familia la llegada del vapor apenas se recibiese el aviso. Le contesté que sí.

—Pues bien—añadió,—dentro de tres horas sabrá su familia que ha llegado á América con buena salud.

Tampoco en esto había pensado, y bajé, contento también yo, á dormir mi último sueño en el vientre del *Galileo*.



## XXI

## EN EL RÍO DE LA PLATA

**D**ORMIR? ¡Engañosa esperanza! Como sucede siempre después de una jornada llena de agitación á la cual ha de seguir positivamente otra no menos agitada, los pasajeros no durmieron más que lo que el cansancio imponía irresistiblemente: á eso de las dos de la noche casi todos despertaron, y entre suspiros de señoras, bostezos varoniles y conversaciones en voz baja, que en el silencio que reinaba en el barco inmóvil semejaban al zumbido de tábanos, no fué posible la tranquilidad. Una hora antes del alba oyéronse pasos apresurados y la voz del médico que acudía en socorro de la señorita de Mestre, que le había dado un mareo; el esfuerzo que en el día anterior había hecho para subir al castillo y visitar por última vez la proa, habíale producido un ataque.



Poco después oyóse chillar al brasileño menudo y entonar su canto fúnebre á la negra: todos saltaron entonces de sus camarotes, poniéndose á arreglar con gran estrépito sus cosas, charlando sin consideración á nadie. Cuando al despuntar el día, y después de haberse desahogado insultándose durante media hora, el camarero y las camareras entraron en los cuartos, se encontraron que los pasajeros estaban levantados, lavados y estirados, y con la propina en la mano.

\*  
\* \*

Ruy Blas, al presentarme la bandeja con la corrección de un camarero de teatro, hizo votos por que mi permanencia en América fuese venturosa; pero con una voz tan lánguida y con unos ojos tan mortecinos, que un niño hubiera podido leer en ellos la pretensión de aparentar una gran tristeza por la inminente separación de la misteriosa criatura que le amaba. Mientras yo sorbía el café, él miraba el cielo por la ventanilla, mordiéndose el labio inferior como queriendo reprimir la voz del corazón herido; y luego, al recoger la propina, corrigió la hu-

mildad del ademán con una reverencia elegante y llena de dignidad.

Salí casi detrás de él y alcancé á verle cuando entraba en el cuarto del cura; al poco rato oyóse la gruesa voz de éste, que iba contando con lentitud:—*Dos, tres, cinco, seis...*—pescetas (me imaginé) que Ruy Blas debía recibir en su mano abierta, como un mendigo, tembloroso y agitado de vergüenza por su reina.

\*  
\* \*

Sobre cubierta encontré al comandante del buque y á los oficiales en sus faenas. Acababan de subir á bordo un empleado galoneado del puerto de Montevideo y un médico,—aquél un hombrachón con un hilo de voz; éste, en cambio, un hombre de medianas proporciones con voz de gran resonancia;—los cuales una vez informados del estado sanitario de los pasajeros, se encaminaron hácia proa, para contar el personal del equipaje. Todos los pasajeros de tercera, entretanto, ibanse reuniendo en el castillo central para desfilarse ante el empleado uruguayano que les tenía que contar, y por delante del médico, que hubiera hecho una selección de las caras sospechosas. Desde el castillo



central debían avanzar uno á uno, pasar por el puente que corría por cima de la «plazoleta» y luego descendiendo del castillo por la escala de la derecha, volver á proa. Todo el castillo central, tan amplio, estaba cuajado de gente: una muchedumbre apretada, como regimiento en columna cerrada, cubría todo de un extremo á otro, sin que se dejase oír mas que un leve murmullo.

El cielo estaba encapotado; el río inmenso, de un color amarillento; y la ciudad de Montevideo, aparecía á los lejos, como una banda blanqueza que se destacaba sobre la oscura orilla, levantada en su parte occidental en una solitaria colina, el Cerro, que recuerda á Garibaldi: un paisaje vasto y sencillo, que silencioso esperaba el sol. Muy lejos veíase humear á los vaporcillos que se dirigían hácia nosotros.

\*  
\*  
\*

Subí por última vez al castillo para ver á mis mil seiscientos compañeros de viaje. A los pocos minutos se presentaron el empleado y el doctor uruguayano, el capitán, los oficiales y el médico de á bordo. Y comenzó la triste procesión. Triste, no sólo en sí misma, sino

porque aquel recuerdo, como si se tratara de un rebaño y sin que á nadie importase conocer los nombres de las personas, hacía pensar en sí toda aquella gente, era contada para ser vendida; y en que más bien que desfilan ciudadanos de un Estado europeo, iban pasando víctimas de una *razzia* de ladrones de carne humana hecha en alguna plaza de Africa ó de Asia. Los primeros pasaron lentamente. Una indicación de impaciencia del empleado del puerto y un signo del capitán, sirvió de señal para que comenzasen á apresurar el paso, desfilando casi á la carrera. Las familias iban unidas: el padre primero, después las mujeres con los niños en brazos y los muchachuelos de la mano, los viejos detrás; casi todos llevaban bajo el brazo ó á la espalda los envoltorios de la ropa más fina, que no se habían atrevido á dejar en el dormitorio. Muchos iban limpios y vestidos con sus ropas mejores, reservadas para aquel día; otros muchos, de aspecto más harapiento aún que el día de la salida, embadurnados con toda la porquería que se pueda recoger arrastrándose durante tres semanas por los rincones de un barco, con las barbas largas, el cuello desnudo, los dedos de los pies asomando por la punta de los zapatos; algunos hasta sin sombrero, y más de uno teniendo que sujetar con las manos la chaqueta desprovista de botones para po-



der esconder la desnudez del velludo pecho.

Muchachas guapas, viejos encorvados, jovencillos de veinte años, obreros con la blusa del trabajo, pastores con las greñas colgando, campesinas calabreses con el corpiño verde, moviendo las piernas, bailando, gentes de la Brianza con el nimbo de agujas en el rodete, montañesas piamontesas con la cofia blanca, se sucedían unas á otras, poniendo uno el pie en el mismo sitio que había ocupado el de delante, como si fueran comparsas sobre un puente de teatro en un espectáculo que representase la fuga de un pueblo. Algunos iban saltando, haciendo cómica ostentación de alegría; otros con cara torva, sin mirar de frente á nadie, y como si estuviesen ofendidos por semejante presentación. Los burgueses, las señoras de mediana categoría que llevaban encima algunos restos de la antigua holgura, pasaban cabizbajas y como avergonzadas.

Los viejos pesados y las mujeres ocupadas con los envoltorios veíanse lanzados á un lado ó empujados brutalmente hacia delante por los que venían detrás; los niños lloraban de miedo de verse precipitados de lo alto; los empujados blasfemaban. ¡Cuántas caras conocidas veía pasar! Ahí va el hombrecillo del telegrama á su mujer con la cara llena de arrugas, que todavía lleva trazas de creer en él; el viejo del verde gabán pasa luego corriendo con sus

grises cabellos sueltos, mirando con aire provocativo y de desprecio á los pasajeros de primera clase aglomerados en el castillo; ahí van el saltimbanqui tatuado, las dos coristas calaveras la familia de Mestre con el pequeñuelo Galileo que almuerza á la carrera; el portero pornográfico, la bella genovesa con su sonrosado semblante y los ojos bajos, la gruesa boloñesa que parece medir el puente con pasos de emperatriz, siempre con su inseparable bolsón colgado, y el homicida putativo del castillo de proa, y la virgencilla de Capracotta, y el barbero ladrador y la pobre viuda del asesinado. Según iban desfilando unos detrás de otros representábanse en mi imaginación los accidentes tristes y cómicos de aquella extraña vida de veintidós días, con todos los sentimientos variables de simpatía, de desprecio, de afecto y de desconfianza que aquella gente me había inspirado, dominados todos en este último momento por el sentimiento único y profundo de una piedad dolorosa y llena de ternura.

No acababan de pasar nunca, como si se hubieran duplicado durante la noche. Familias y más familias, muchachos y más muchachos, caras de ciudad y del campo de la alta y de la baja Italia, figuras de gente honrada, de contrabandistas, de enfermos, de ascetas, de viejos soldados, de mendigos, de rebeldes, corriendo



con más furia cada vez, como si les apremiara el terror de no llegar á tiempo para encontrar su parte de tierra ó de pan en América.

¡Oh qué desfile de miseria tan interminable! Y sin poder sugetar la imaginación, veníanse-me á las mientes con obstinación y como por escarnio, al ver tanta miseria hambrienta, las llamaradas patrióticas de la gente ociosa, de los bien acomodados y de los ilusos, vociferando con entusiasmo carnavalesco por las plazas de Italia llenas de banderas y de esplendores. La humillación que sentía hacíame apartar la vista de mis compañeros de viaje extranjeros, cuyas afectadas exclamaciones de compasión y de estupor llegaban á mis oídos como injurias á mi país. No cesaban entre tanto de pasar ropas andrajosas y tristes miserias, mujeres macilentas y criaturas sin patria: desnudeces, vergüenzas y dolores. El espectáculo duró media hora, que me pareció eterna. Entre los últimos desfiló, lentamente, el fraile de cara de cera, con las manos metidas en las mangas. Pasó luego el pelotón de suizos con sus gorros encarnados. Y como Dios quiso, se acabó.

\*  
\*  
\*

Llegó en esto el primer vaporcillo, y subieron al *Galileo* una porción de gentes, parientes

y amigos de los pasajeros, que se desbandaron de popa á proa, buscando con la mirada y llamando por sus nombres á las personas; por todas partes se oían besos, abrazos y saludos se sucedían sin interrupción. Tres señores se acercaron al supuesto «ladrón» y cuando todos esperábamos que le arrestasen, los tres se descubrieron, inclinándose profundamente, y diciendo uno de ellos:—¡Oh, señor ministro!... ¡Cáspita! Nos quedamos atónitos. ¡Para que se juzgue á las personas por el exterior! Abajo de improviso llamó la general atención una escena muy penosa. Un jovencillo bien portado, guapo, pero antipático, corría al encuentro de mis dos vecinos de cuarto, que ambos se lanzaron hácia él exclamando:—¡Atilio!—Pero, á dos pasos de distancia se detuvieron, esperando que eligiera á uno ó á otro para abrazarle primero como si aquella preferencia hubiera de ser expresión de un juicio decisivo de su pasado y de una sentencia irrevocable de su porvenir. El joven titubeó un momento, sin conmoverse, mirando á los dos, y luego se arrojó en brazos de la señora, que lo oprimió contra su pecho con muestras de grandísima ternura, desmentida en el acto por la satánica mirada de triunfo que lanzó á su marido. Este palideció como un muerto, girando la vista en torno suyo; todos temieron que cayera herido de muerte sobre el entari-



mado. Pero, se mantuvo en pie, haciendo un titánico esfuerzo, y sonrió... con una expresión que daba compasión y pavor.

Una vez separado de la madre, se acercó á él y le dió sobre las pálidas mejillas un beso frío, que el padre no tuvo fuerzas para devolver. Todos volvieron sus ojos hacia otra parte con un sentimiento de repulsión como si se tratase de la presencia de un asesino. Y yo me dirigí á escape hacia la proa, sin tener valor ni para echar una mirada sobre aquel desgraciado.

En la proa me esperaba otra escena lastimosa. Un corro de viejos, mujeres y hombres, rodeaba al comisario, pidiéndole protección y consejo, llenos de angustia y de espanto, temblando sus labios. Eran de aquellos sexagenarios que no podían desembarcar sin que un próximo pariente se presentase á la llegada, comprometiendo á proporcionarles medios de subsistencia.

Ahora bien; los parientes que esperaban no se habían presentado, porque naturalmente tenían que desembarcar en Buenos Aires, y confundiendo en aquel momento el Uruguay con la República Argentina, y, encontrándose solos, creíanse perdidos. ¿Qué sería de ellos? No hay palabras con que expresar la angustia y la humillación de aquella pobre gente, que, des-

pués de haber abandonado Europa, se creían rechazados de América como inútiles restos humanos, ni siquiera aptos para abonar la tierra, imaginándose que tendrían que emprender un desesperado regreso á la patria, donde ni afectos, ni casa, ni pan tenían ya. El comisario trató de persuadirles de que no habíamos llegado á la República Argentina, sino al Uruguay; que en Buenos Aires, allá en la otra parte de aquel río que veían, acudirían sus parientes; que se tranquilizasen y depusieran toda inquietud.

Ellos no entendían de razones, se hallaban como alhelados por la angustia, y aun les hacía parecer más tristes y más infelices, la alegría ruidosa de los jóvenes que al pasar les empujaban gritando en sus oídos: —¡Hay que estar alegres, viejos!— ¡Viva la República!— ¡Viva América!— ¡Viva el Plata! Me costó gran trabajo librar de ellos al comisario, solo por un momento, para saludarle; y él fué quien entonces me dió noticia del joven escribanillo, el cual, desesperado al tenerse que separar de la genovesa, que desembarcaba en Montevideo, sufrió un acceso de convulsiones y estaba alborotando el dormitorio. Fui luego á saludar á los demás empleados, á quienes volvía á ver al cabo de dos meses en Buenos Aires, después de haber atravesado otras dos veces el Océano. No quise



tampoco dejar de decir adiós á mi pobre jorobado, á quien encontré en la puerta de la cocina con una sartén en la mano.—¡Oh! ¡al fin!—exclamó dando un suspiro de satisfacción,—estaremos libres de mujeres doce días.—A pesar de todo—le dije—acabará por casarse.—¿Yo—respondió señalándose con el dedo—casarme?—Añadiendo con rara entonación declamatoria:—Eso, ¡jamás!—Y luego al oído con alegría:—¡Doce días!—pero viendo que el capitán se acercaba, dijo apresuradamente:—¡Señor, buen viaje!—y apretándome la mano, me volvió la jiba y se fué.

Ya otros vaporeillos habían ido acercándose y uno de ellos estaba al pie de la escala real. Volví al castillo á saludar á los pasajeros de primera que bajaban en medio de una confusión de equipajes y de un cambio vivo de apretones de manos y de buenas esperanzas.

Nueva ocasión se me ofreció entonces de comprobar lo difícil que es conocer á la gente en viaje. Ciertos pasajeros, con quienes todo aquel tiempo había yo tenido una familiaridad casi de amigo, se iban sin decir por ahí te pudras ó saludando apenas con el sombrero, como si ya se hubiesen olvidado de mí; otros á quienes nunca había hablado, se acercaron á despedirse con sincera y afectuosa expansión, que me dejó parado. Y á otros muchos les pasó lo mismo.

El marsellés estuvo cordial: me repitió que amaba á Italia, porque los hombres como él eran superiores á los odios de los gobiernos, y que haría todo lo que pudiera por conciliar los ánimos de italianos y franceses en la Argentina. Trate usted de hacer lo mismo entre sus compatriotas. En cuanto á mí, ya me conocen en las dos colonias. Ya se sabe que yo soy el mensajero de la paz. ¡Adiós! concluyó con un gesto solemne.—El agente de cambio presentóse á saludar á los esposos; ambos se intimidaron, presintiendo el flechazo del Parto.—Ahora—les dijo—no encontrarán ya dificultad alguna en la lengua de América, porque... sea dicho sin ofensa, han hecho un buen ejercicio durante la travesía. Bajaron precipitadamente la escalera, y entonces él apostrofó al abogado, que iba á bajar con un envoltorio redondo al brazo, que debía ser un salvavidas: Abogado, ya estáis tranquilo.—Éste, lanzando una mirada oblicua al río, murmuró:—Nunca está uno seguro. A veces este perro río es más infame que el Océano Atlántico... Y comenzó la bajada con mucha precaución, sin responder á los saludos de nadie. Descendieron la señora rubia y su marido, mis vecinos de cuarto con el hijo, la «domadora», la pianista y su madre, los franceses, el cura, los pasajeros de segunda y otros.

Cuando todos estaban abajo, sentados en la



pequeñita popa del vaporcillo, el agente me dió con el codo, exclamando:—¡Eureka!—haciendo á la vez un signo con la cara. Miré á mi derecha, sobre el castillo del *Galileo*, y ví asomado á la borda, con estudiado ademán de amante pensativo y lleno de aflicción, á Ruy Blas, con sus ojos fijos en el vaporcillo; y siguiendo la dirección que sus miradas indicaban, fuí á dar con la mía sobre el rostro de la menuda pianista, como siempre impassible, pero con las pupilas clavadas en él, con una fijeza aguda y tenaz que no dejaba lugar á duda, y que prometía en la primera ocasión una de aquellas cartas locas y de aquellas decisiones temerarias en que desde lejos se desahogaban sus furibundas pasioncillas comprimidas.—¡Ah, María de Neubourg en pequeño!—exclamó el agente, —¡reina de las gatas muertas!

El vaporcillo se alejaba. Casi todos nos saludaron con la mano. La señora gruesa envió un beso al *Galileo* con impetuoso ademán. Aún pude observar una vez más á mi pobre vecino de cuarto sentado aparte del hijo y de la madre, para el cual se abría una nueva vida de angustias y de torturas. Cogí al vuelo un saludo original de la señora suiza, que, no sabiendo á quién dirigirse de los muchos amigos que la contemplaban, abrazó con una amplia y dulce mirada de gratitud toda la popa del *Galileo*.

El último que observé fué el profesor, sentado al lado del anterior, con el cuerpo encorvado, sonriendo con los ojos entreabiertos y la lengua en un ángulo de la boca, con traza de mofarse de la mujer, de los amantes, del Atlántico, del viejo continente y del nuevo. Pronto se confundieron todas las caras, perdiéndose á mis ojos para siempre.

Otro vaporcillo se había acercado entretanto, al cual debían bajar los argentinos, la familia brasileña y todos los demás. Nadie, por delicadeza, quiso bajar antes que la señorita de Mestre, que sabíase había de ser transportada en una silla, y que no se había presentado sobre cubierta aquella mañana. El capitán se encogía de hombros cuando se le preguntaba. Todos la estuvieron esperando á la puerta del salón, formando calle. Primero, salió el garibaldino, que, tomando aquella respetuosa demostración por una mera curiosidad, miró en derredor con desprecio. En seguida, se presentó la señorita, sentada sobre una silla de brazos que llevaban dos marineros, y á su lado la tía con los ojos encendidos.

La desdichada enferma, vestida de negro, blanca como un cadáver, tenía su cabeza apoyada en el respaldo y las manos puestas sobre las rodillas, como si le faltasen fuerzas para moverlas; pero en sus ojos que casi carecían de



mirada y en su boca, de la cual no parecía salir hálito alguno, erraba todavía aquella ligerísima sonrisa suya, triste y de infinita dulzura. Cuando pasó, todos se descubrieron, y ella contestó con un movimiento suave de los labios, sin articular palabra. Los marineros se detuvieron al llegar á la portezuela de la escala. La saludó el comandante del barco con la gorra en la mano, con aquel laconismo seco con que los hombres ásperos esconden la emoción:— ¡Buen viaje, señorita... que usted se cure!— Volviéndose luego bruscamente para mandar que se contuviera á los emigrantes que habían acudido, y que á toda costa querían rodear á la muchacha y á quién hubieran arrebatado la respiración. Contenidos, subieron murmurando al castillo central, para verla bajar y partir. El garibaldino fué el último que la saludó, cuando estaba ya en el descansillo de la escala. Ella le presentó la mano, besándosele él, y luego, levantando el índice como con aire de cariñosa reproche y sonriente, le dijo una palabra, que yo no pude oír. Él inclinó la cabeza, sin responder. Los dos marineros comenzaron á bajar con gran cautela, uno sujetando la silla por delante y el otro por el respaldo, y advirtiéndole á la enferma que se agarrase bien á los brazos: la tía la tenía hacia atrás, recomendándole que no mirase al agua. Cuando llega-

ron á lo último de la escalera, un marinero del vaporcillo ayudó á los otros dos, y, sin sacudidas, la depositaron en la popa, vuelta hacia el *Galileo*. Todos los demás bajaron y ocuparon sus sitios: solo el garibaldino se quedó á bordo, apoyado en la borda cerca de mí. El vaporcillo emprendió su marcha.

Entonces entre los emigrantes, que se habían agolpado sobre el parapeto del castillo central, prorrumpió la admiración y la gratitud por aquella criatura angelical á quien tantas veces habían visto entre ellos, apiadarse de sus miserias, dulce con todos como una hermana, y de quien muchos habían recibido consuelos y beneficios: no se oyó ni un grito, solo un murmullo prolongado de saludos, en los cuales derramaron toda la bondad y todo el afecto que las amarguras y los rencores de una existencia trabajada habían dejado en aquella muchedumbre. — ¡Buen viaje, señorita! — ¡Dios la bendiga! — ¡Dios la ponga buena! — ¡Acuérdese de nosotros! — ¡Buen viaje á nuestra amiga! — ¡Adiós! — ¡Adiós! Y agitaban al aire los sombreros y los pañuelos. Ella respondió con un saludo fatigosamente con la mano, y luego, con la misma mano, levantando una vez más todavía los ojos velados y dulcísimo hacia su amigo, reprodujo aquel ademán del índice, como diciéndole: — ¡Acordáos!



Ya estaba lejos el vaporcillo, y todavía se destacaba su figura muy distintamente en la popa, como una flor negra en medio de un mazo de varios colores confundidos. Cuando no aparecía más que como una manchita negra pequeñísima, vióse que una cosa blanca se movía sobre su cabeza: era un pañuelo que se agitaba. —Era para él. —Él se limitó á mirarle. ¡Ah! ¡aquello era demasiado! ¡Ni siquiera en aquel momento se conmovía! No, en el mismo punto que me decía esto á mí mismo, su frente se contrajo, temblaron sus labios, se hinchó su pecho y estalló repentino un sollozo que partía del corazón; uno solo, cortado, profundo, violento como el grito de un hombre á quien se eleva toda el alma como una ola del Océano. Luego se cubrió el rostro con las manos.

¡Al fin vino el llanto! Era quizá la bondad, el amor, la patria, la piedad de las humanas miserias; eran todas las fuertes y dulces virtudes de su generosa juventud que invadían otra vez impetuosamente su amplio pecho de hierro por el vano que en él había abierto aquella manecita de moribunda; era quizá la humanidad que volvía á hacer presa en su soldado, el cual se echaba en sus brazos después de un largo olvido, como si fuera una madre á quien pide perdón, prometiéndole volver á amarla y á servirle como en los primeros años de fe y de entu-

siasmo. La visión habíase desvanecido, la benéfica criatura moriría, pero quizá aquella sonrisa última suya, que no era ya de un ser humano, le habría iluminado el camino hasta su término, y aquel pañuelo, agitándose en los aires, quedaría para siempre sobre el horizonte de su vida, como la enseña de su redención.

Él continuó inmóvil contra la borda, con los brazos cruzados, como clavado allí por un pensamiento nuevo y profundo que absorbiera toda su alma, y aún seguía allí cuando, en pie sobre un nuevo vaporcillo, y en medio de un grupo de amigos, veía yo cómo el colosal *Galileo* iba poco á poco descendiendo y acertándose, mostrando siempre, sin embargo, todo á lo largo de su borda las mil cabezas de emigrantes, como el hormigueo de una multitud asomada á los bordes de una fortaleza solitaria en medio de una llanura sin fin. Y recorriendo en la mente aquel viaje de veintidós días, parecíame en verdad como si hubiese vivido en un mundo aparte que, reproduciendo en pequeño los sucesos y las pasiones del universo, me hubiera facilitado é iluminado el juicio sobre los hombres y la vida humana. Mucha tristeza, muchas fealdades, muchas culpas, pero bastantes más miserias y dolores. La mayor parte de las criaturas humanas es más infeliz que malvada, y sufre más de lo que hace sufrir.



Después de haber cordialmente odiado y despreciado á los hombres sin otro punto que amargarnos la vida y exacerbar á nuestro alrededor la maldad que nos les hizo odiosos y despreciables, volvemos al único sentimiento útil y prudente, cual es, el de una gran compasión para todos; de la cual, poco á poco, renacen los demás afectos buenos y fecundos, vigorizados por la santa esperanza de que, no obstante las apariencias contrarias pasajeras, el peso inmenso de los dolores disminuye lentamente en el mundo, y el alma humana mejora.

Cuando eché pie á tierra, me volví á mirar una vez más al *Galileo*, palpité mi corazón al decirle adiós, como si fuese un pedazo flotante de mi país, que me hubiera traído hasta aquella playa. No se veía mas que como una raya negra en el horizonte del interminable río; pero se veía aun la bandera que ondeaba bajo el primer rayo del sol de América como si fuera un último saludo de la Italia que recomendase á la nueva madre sus hijos desterrados.



## OBRAS DE HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

(En las principales librerías.)

- Filosofía y Arte*, con un prólogo de D. Nicolás Salmerón, 3,50 pesetas  
*El Colegio de Bolonia* (en colab.), obra ilustrada, 6,50.  
*Filosofía moral*, para la 2.<sup>a</sup> enseñanza.—(Agotada.)  
*Biología y Ética* (2.<sup>a</sup> ed.), para la 2.<sup>a</sup> enseñanza, 3.  
*Programa de Filosofía moral*.—(Agotada.)  
*Programa de Psicología, Lógica y Ética*, 1.  
*Programa de Biología y Antropología*, 1.  
*Proyecto de ingreso en el Profesorado*, etc.—(Agotada.)  
*Teoría del Arte é Historia de las Bellas Artes en la antigüedad*, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.  
*Fragmentos y retazos*.—(Agotada.)  
*La Enseñanza obligatoria*, trad. de Tiberghien (2.<sup>a</sup> ed.), 2,50.  
*Moral elemental para las escuelas*, id. de id., 2,50.  
*Krause y Spencer*, id. de id., con biografía del autor, 2.  
*Mendelssohn*, id., de Selden, con historia de la música, 1.  
*Paris en América*, por Laboulaye, id. (2.<sup>a</sup> ed.), 1,25.  
*Obras de Maistre*, id., 2.  
*Mentiras*, id., de Paul Bourget, 2,50.  
*Recuerdos de viaje*, id. de P. Loti, 2,50.  
*Discordia entre la Iglesia y la Italia*, trad. del italiano, 2,50.  
*Pío IX y su sucesor*, por Bonghi, trad. del italiano, 3.  
*León XIII y la Italia*, por el mismo, id. id., 3.  
*Anuario de la Institución libre de Enseñanza*.—(Agotada.)  
*Mar de fondo*, por Rebollo, borrador corregido de una novela, y con un prólogo, 1,50.  
*Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.  
*A tiempo*, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.  
*Los parientes del difunto*, sainete lírico en verso (id.), 1.  
*Historia de un crimen*, drama en 3 actos, en prosa, 3.  
*El último sacrificio*, drama en uno en verso (en colab.), 1.  
*En busca de protección*, juguete original en verso (id.), 1.  
*Fiera domada*, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.  
*Teresa Raquin*, drama en cuatro actos y en prosa, 4.  
*Por ir al baile*, comedia en dos actos y en prosa, 2.  
*Portugal*.—Impresiones para servir de guía al viajero.—Año 1.<sup>o</sup>—1888.—(En colaboración con D. Francisco Giner.) 2,50 pesetas.